



## EL 1.º DE MAYO \*

**D**OY gracias á la Asociación General por la honrosa invitación que me ha dirigido, y me apresuro á decir que, aceptándola, he comprendido el intento que la inspiraba, y los deberes que dicha invitación me imponían. He comprendido que esta gran Asociación, la cual no tiene carácter político, y está compuesta de obreros de opiniones y tendencias diversas, entendía expresar su consentimiento en este día, en lo que hay de común en las aspiraciones de todos los obreros, cualquiera que sea la agrupación á que pertenezcan; y que por esto, al conmemorar aquí el 1.º de Mayo (aun declarando mi firme fe socialista, condición sobreentendida por mi aceptación), yo debería, no sólo no ofender en modo al-

\* Discurso pronunciado por E. de Amicis en la Asociación General de Obreros, la noche del 1.º de Mayo de 1896.

guno á los oyentes de opiniones contrarias, sino mantener el ánimo en una altura tan serena, expresar mi pensamiento con palabras tan cautas y mesuradas, que consiga hacer aceptable mi modesto discurso, aun á aquellos que hubiesen juzgado inoportuna la invitación con que se me había distinguido.

\* \* \*

¡Hablar serenamente! No me costará esfuerzo alguno, podéis creerlo. ¿Cómo se puede tener el ánimo inclinado á la violencia y al rencor, en un día de fiesta? Tal es de hoy en adelante el 1.º de Mayo. ¡Fiesta singular, sin embargo, que levanta en el ánimo tantos pensamientos, tantos sentimientos diversos y contrarios! Pocos años hace, antes de que el Congreso Internacional de Trabajadores celebrado en París aceptando la deliberación adoptada ya en 1889, por la Federación americana del Trabajo en el Congreso de San Luis, fijase á la fecha del 1.º de Mayo la gran manifestación en pro de la jornada de ocho horas, cada cual al despertarse en este día, volvía la mente como siempre á los propios negocios cotidianos. Era este un día como

los demás para todos. Ahora, no hay ya ciudadano de país civilizado, cualquiera que sea la clase ó condición social á que pertenezca, que al abrir los ojos en la mañana del 1.º de Mayo, no dirija su pensamiento hacia la nueva significación que esta fecha ha asumido en el mundo.

Son en millones de hombres, esos pensamientos, de alegría y de esperanza: son en otros, inquietos y tristes; y en muchos todavía se despierta un sentimiento irracional de terror; y aun en los espíritus más ligeros y más escépticos, surgen estos pensamientos: que hay en todos los países una cuestión más importante que todos los acontecimientos políticos, que abraza todos los intereses del Estado y de los individuos y que puede de vez en cuando y por varias causas, estar olvidada, enmascarada, aletargada, pero que incesantemente, fatalmente, año por año, día por día, se dilata, se levanta, supera á toda otra cuestión, atrae hacia sí todas las miradas y todas las imaginaciones, como un gran fenómeno de la naturaleza. Y este es ya un efecto benéfico que ningún trabajador puede desconocer de la fiesta del 1.º de Mayo. Y nosotros, más que todos los otros interesados, somos inducidos

á meditar, nosotros que tenemos una visión más amplia y más clara de lo que sucede ese día sobre el haz de la tierra. Nosotros, pensamos que en esta misma hora, en cientos de ciudades, en aldeas innumerables, millares de oradores están diciendo en diez distintas lenguas, en otros miles de reuniones como esta, las mismas cosas que voy diciendo; nosotros vemos, en los grandes barrios de Berlín, de París, de Bruselas, en el Hyde-Park de Londres, en el Práter de Viena, en el Buen Retiro de Madrid, en el Parque de Bucarest, en el muelle de New York, en las vastas plazas de Australia, donde el 1.º de Mayo es ya fiesta oficial en varios Estados, vemos por todas partes legiones de trabajadores que en forma de asambleas, de procesiones, de cortejos simbólicos, de fiestas campestres, de cantos solemnes, de manifestaciones, expresan todos una sola idea y una sola esperanza; y con esta visión se conmueve nuestra alma como ante uno de los espectáculos más maravillosos de los que nos puede dar ejemplo la Historia.

Y ¿qué alma podría permanecer cerrada y fría al oír las palabras que se elevan de estos millares de corazones? Por ejemplo: que sea libertado el trabajo, y lle-

gue á ser ley para todos; que se hallen confederados todos en la lucha contra la naturaleza, y haya tregua á la lucha feroz por la existencia entre hombres y hombres; que caigan las barreras que dividen cada nación en dos pueblos, y se difunda por igual en las muchedumbres, como la luz en el aire, los beneficios de la civilización, que son fruto de la obra común; que cese el derramamiento de sangre, que cesen los odios entre las naciones, porque la última meta de todos pueda ser una sola, y concurren á llegar á ella, las fuerzas concordes de la raza humana... ¡Qué bellas y santas utopías! nos responden; y la prueba de que son utopías, es que son antiguas cuanto es antigua la vida social, y no han sido llevadas todavía á la realidad... ¡Os engañais! Era antes aspiración solitaria de los humildes, eran aspiraciones esparcidas y divididas, que afectaban en las imaginaciones incultas formas indeterminadas ó monstruosas, y tomaban fuerza en unas gentes, cuando caían oprimidas en otras; pero ahora, son el propósito firme de las muchedumbres de todos los países, ordenadas y aliadas cooperando de acuerdo y á un mismo tiempo, la ciencia las formula y las sostiene, y las

fuerzas que las comprimían se borran, y la conciencia universal las acepta; eran resplandores que surcaban por la noche, y ahora son el alba que ilumina el horizonte; eran soplos de vida que de vez en cuando se levantaban en una atmósfera muerta, y ahora son la primavera que despierta al mundo.

\*  
\* \*

Y en esta aspiración, asienten, en el fondo, todos aquellos que tengan sentido humano y de justicia; nace el disentiendo cuando se entra á discutir hasta qué punto y en qué forma puede traducirse aquella aspiración en realidad. Estudiando los fenómenos sociales y económicos, nosotros observamos la concentración progresiva de las industrias y de la riqueza, y la consiguiente extensión del proletariado, y la transformación continua de los medios particulares de trabajo, en medios que no pueden ya ser empleados más que socialmente, el incremento del principio de cooperación y del espíritu de solidaridad y de igualdad, y de éste, y de otros cien hechos que á este se coligan, deducimos ciertas leyes, por fuerza de las cuales creemos que se llegará

necesariamente á una nueva organización, en la que, convertida en propiedad colectiva de la nación, todos los grandes medios de producción, los miembros todos de la sociedad, producirán directamente para la sociedad misma; la cual, centralizando los productos, los repartirá equitativamente entre los trabajadores, en razón de la cantidad y de la calidad de su respectivo trabajo. Los que disienten de esta afirmación nos dicen que no, afirmando que tal organización no se verá jamás porque es imposible que se realice, porque se oponen á ello otras leyes que sostienen que son sobre todas las manifestaciones sociales, inmutables. Ahora bien: nosotros no estimamos esto como una razón suficiente para que deba detener el gran movimiento de nuestras ideas, en quien concordando con nosotros en la crítica de la sociedad actual y en la necesidad de una radical reforma. Nos parece un error combatir el Socialismo en sus designios complejos de reconstrucción social, en vez de considerarlo (como reconoce que se debería considerar, hasta un ilustre adversario nuestro), «en su íntima aspiración y en el objetivo general al cual tiende y que corresponde innegablemente á la evolución humana», y en

lo cual, añadimos nosotros, consiste su verdadera fuerza. Nosotros, en la organización de la sociedad futura, podremos razonablemente rechazar toda discusión. Y aun en esto nos dan la razón muchos de nuestros más autorizados enemigos. Podremos responder con las palabras de ellos, que «con respecto á los fenómenos sociales, no son posibles sino predicciones generales que miren á la marcha general de los fenómenos mismos, no especiales, particulares, individuales». Podremos preguntar, como preguntó Bebel en el Reichstag, si al dar el impulso á la gran Revolución, la burguesía francesa podía prever cuál habría sido en todos sus particulares la íntima estructura de la sociedad que había de surgir de ella. Podremos decir que pretender esto de nosotros es pretender cosa superior al poder de la mente humana.

Y sin embargo, se nos puede responder diciendo que presentamos al mundo, como una bandera, un programa de reconstrucción social completo. Pero esto es lógico. Nosotros hemos escrito en nuestra bandera un ideal, porque ningún gran movimiento social es posible alrededor de reformas cerradas y parciales; porque es instin-

tivo en el alma humana, en cada una de sus más nobles aspiraciones, mirar más alto y más lejos de la posibilidad inmediata de conseguir su fin; porque únicamente una gran reforma que, además de incluir en ella una organización de trabajo y de propiedad, lleve consigo una profunda renovación moral, social y política, que abrace todas las cuestiones capaces de agitar á la humanidad: solamente la idea de una reforma semejante puede atraer en torno suyo á las muchedumbres, despertando el entusiasmo y las fuerzas para combatir en la enorme lucha á la cual somos llamados.

Preguntamos, pues, á nuestros adversarios benévolos: —¿Por qué no venís con nosotros, vosotros que también queréis las grandes mejoras, ya que nuestra bandera es la sola á la cual se pueden acoger los ejércitos para combatir hasta en las batallas menores y para cumplir y realizar hasta las conquistas parciales, queridas por vosotros? Una sola cosa puede detenernos, y es el temor de que la intentada realización de una idea, juzgada por vosotros impracticable, produzca en la sociedad un trastorno funesto. Pero es un temor infun-

dato. El hecho económico y social que, á nuestro juicio, debe conducir la sociedad al orden por nosotros presagiado, nosotros podemos secundarlo, pero no hacerlo nacer. Si las leyes que deducimos de aquellos hechos son erróneas, nuestro ideal no se realizará. Si llegado el proletariado socialista al poder, no fuese todavía dispuesta en sus elementos la organización nueva que debe sustituir á la antigua, él se encontraría impotente, no ya para cumplir, sino ni siquiera para intentar una sustitución precipitada y debería restringirse á una serie de reformas preparatorias y graduales.

Nosotros somos los primeros persuadidos de que una transformación económica tan profunda no se podrá llevar á cabo jamás prematuramente y por la violencia. Es una verdad reconocida hasta por nuestros más fieros opositores, «que corre paralelo al presente movimiento social, un movimiento científico y racional, que lo detiene en la justa medida y que impide á la sociedad moderna precipitarse en las catástrofes que han matado la civilización antigua».

—Ved, pues—repetimos á nuestros adversarios tratables,—que aquel temor no debería deteneros para venir hasta nos-

otros. Contrariando nuestro movimiento, en cambio, no por otro motivo, sino porque no asentís á nuestro programa ideal, retardáis también la consecución de vuestras deseadas reformas; vosotros os oponéis también á la victoria de aquel nuestro programa mínimo, que aprobáis en gran parte y del que muchas ideas, especialmente las que se refieren á la política social de los Municipios, están puestas ya en práctica ó en vías de ponerse, en muchas grandes ciudades de Europa y de América; vosotros engrosáis el número de aquellos que rechazan, como en el Parlamento francés, los más equitativos y más lógicos impuestos, como el impuesto progresivo sobre la renta, por la sola razón de que el Socialismo lo defiende, y que condenan á muerte las más benéficas reformas, diciendo que hay en ellas *un germen de socialismo*; vosotros, finalmente, porque creéis que no se puede llegar hasta donde nosotros queremos ir, vosotros, que también queréis caminar hacia adelante, os detenéis en la embocadura del camino y aumentáis las fuerzas á la espalda de aquellos «inmóviles» que vosotros mismos condenáis; los cuales, á su vez, protegen y animan, aun sin quererlo, á todos aquellos otros que

vuelven la espalda al porvenir é intentan resucitar el pasado.

El Senador Pascual Villari dice que dentro de poco no habrá en Italia más que tres partidos: los socialistas, sus adversarios intransigentes y los iniciadores audaces de reformas prácticas en beneficio de los trabajadores. Pero Villari duda de que estos iniciadores surjan á tiempo.

Y bien: si no surgen, quedará justificado y probado ampliamente todo cuanto hayan dicho hasta ahora, y si surgen, será como negar la luz del sol, negar que es un terror saludable hacia el socialismo, y no otra cosa, lo que les ha hecho surgir. Pero demasiado tarde.

\* \* \*

Por eso, aunque nuestra razón profesa la doctrina socialista, nosotros, con serena y firme conciencia de hacer bien, nos recogeremos igualmente bajo los repliegues de la nuevã bandera y uniremos á ella nuestras fuerzas, aunque no fuese por otra cosa que por obtener los primeros el resultado del predominio de las clases trabajadoras en la representación legal de la nación. Y

este es un punto sobre el cual, todos aquellos adversarios nuestros que desean sinceramente una saludable renovación social, no pueden disentir de nosotros, 1.º, porque no pueden dejar de persuadirse de que mientras los intereses de las clases proletarias no estén directamente representados por ciudadanos pertenecientes ó ligados al proletariado, estos intereses no tendrán jamás representación sincera y fecunda; 2.º, porque es ilógico pretender ó esperar que una mayoría de representantes de la clase superior pueda consentir en reformas gravemente lesivas de los intereses de su propia clase; 3.º, porque ninguna clase social votó jamás voluntariamente, por puro espíritu de la propia conciencia; 4.º, porque cada ventaja, cada conquista importante en el campo económico, no podrá jamás ser sino la obra de la clase que tenga necesidad de ella y que á ella tenga derecho; 5.º, porque nosotros nos encontramos en un momento de civilización humana (y es un docto estadista conservador quien lo dice) en el cual ninguna clase está defendida por otra, y necesita defenderse por sí misma.

Ahora bien: nosotros vemos que el socialismo solamente ha tenido éxito (lo vemos

en Francia, en Alemania y en Bélgica), después de tantos años de régimen representativo, mandando al Parlamento un grupo de representantes directos del proletariado, suficiente por su número y por la unidad de pensamiento, para hacer sentir la acción propia sobre la marcha de los asuntos públicos. Suponed también que el programa socialista no se pueda realizar jamás—repetimos, á nuestros adversarios razonables;—pero el movimiento socialista producirá, sin embargo, siempre, el efecto deseado de quitar el monopolio del poder de la minoría, obstáculo grave en todo gran progreso social; ó, ya que no otra cosa segura, pondrá al frente del poder un sindicato vigoroso que marque las funciones y estimule las energías y abra los horizontes. Aunque no fuese por otra cosa más que por obtener este resultado—repetimos,—aunque nosotros creyéramos que era una utopía el ideal socialista, diríamos á quienes lo anuncian:—Estamos con vosotros.

En presencia de los hechos, lo que es utópico en vuestro programa, caerá; pero permanecerá este grande hecho realizado necesaria y benéficamente, á saber: el cambio del eje social, constituido ahora por una

sola clase encerrada en el círculo de sus propios intereses, sustituida por una gran mayoría en donde sus intereses se confunden con los de la nación misma.

\*  
\* \*

Y he dicho que aunque creyésemos una utopía las ideas socialistas... (estas palabras no deben dar lugar á duda). Cierto que la persuasión no puede ser en la mayor parte de nosotros tan científicamente fundada como lo es en aquéllos, nuestros compañeros de fe, doctos versadísimos en la ciencia económica; los cuales, profundamente conocedores de la doctrina *marxista*, han deducido de ella, mediante largos estudios, todos á conciencia teórica y prácticamente hechos, y encontrado á todas las objeciones una respuesta difícil de ser contestada á su vez. Se funda precisamente nuestra persuasión en esto: en que los vicios orgánicos más graves, atribuidos á la organización querida por nosotros, nos parecen menos graves que aquellos inherentes á la organización actual; los cuales son tan graves, que hacen imposible su vida por una larga duración, sin profundas modificacio-

nes; y esto, en opinión de sus mismos defensores; modificación que nosotros juzgamos insuficiente para salvar á aquella organización. Y nos fundamos también en la razón que creemos poder oponer á aquella que es la objeción capital, puesta ante nosotros por todos nuestros enemigos, á saber: la insuficiencia del sentimiento de los intereses públicos para sustituir, como estímulo al trabajo, el sentimiento del interés privado, en la medida de que este segundo interés vendría á ser disminuído en una sociedad colectivista. Esta razón es una verdad reconocida en parte por los mismos adversarios: que en una sociedad en la cual todos estuvieran obligados á trabajar, y en la que el trabajador estuviese interesado directamente en la distribución de la riqueza, la repugnancia instintiva hacia el trabajo mismo sería grandemente disminuida, y que esta repugnancia seguiría disminuyendo (y nosotros creemos que hasta se cambiaría en propensión) cuando por efecto de la cooperación de todos, de la cesada concurrencia, del rescate de las máquinas, de la especulación privada, siendo el trabajo cotidiano abreviado en la duración y aligerada la fatiga.

Se nos dice que exageramos con la imaginación la magnitud de este efecto. Pero esta es una cuestión de fe sobre la cual á nada viene discutir; de aquella fe en la naturaleza humana, sin la cual no se habría hecho jamás ni intentado nada atrevido y grande en el mundo, y que basta por sí sola para hacer posibles muchos de aquellos actos que son considerados como ilusiones de su ceguera. Un predominio relativo del sentimiento colectivo sobre el individual (del que en ocasiones extraordinarias se ven también tantos ejemplos hasta en nuestra sociedad), nosotros no dudamos que se llegaría á él en una organización social en la cual su necesidad apareciese evidentísima, como es ahora, en una pequeña asociación, y en la cual los ánimos no se ofendieran ni descorazonaran por el espectáculo del bienestar ocioso, de la desmesurada desigualdad económica y de las mil injusticias y de los infinitos privilegios presentes. Nosotros esperamos, de un cambio tan grande de cosas, un cambio psíquico maravilloso. He aquí el punto del cual ningún razonamiento de los enemigos nos puede conmover, el fundamento sobre el cual colocamos los cimientos de nuestro edificio,

Por qué caminos, después, de lucha y de vicisitudes, se arribará á la meta que nos parece segura; si el socialismo, continuando á extenderse en la sociedad civil, conservará un tipo único ó tomará forma en el espíritu y en las necesidades particulares de cada pueblo; si se realizará «mediante una producción colectiva nacional, parcial ó regional», llegando á ser un nuevo y poderoso organismo económico; ó si la sociedad, antes de llegar á la organización socialista, pasará por un estadio cooperativo de grandes asociaciones, que irán disminuyendo el número hasta reducirse á una sola, capaz de fundar á la vez los varios sistemas de colectivismo; y también, «qué criterio mesurador del valor acabará con encontrar la experiencia ayudada de la ciencia, si la duración media del trabajo reclamado, ó el medio consumo de las fuerzas que él exige», ú otros conceptos que no puede aferrar ahora nuestra mente, preocupada y absorbida por los presentes hechos; todas esas cuestiones, someramente indicadas, no podemos resolverlas ni contestar sobre sus soluciones, ni nadie nos las debe preguntar.

Aquello que es evidente á nuestra ra-

zón, y cierto en nuestra conciencia, es que en el fondo de todas las vías convergentes del progreso económico y del progreso civil, está inevitablemente el organismo social que se halla en nuestros votos, ó, lo que es lo mismo, la nación constituida en una asociación gigantesca cooperativa de producción, de provisión y de asistencia.

\*  
\* \*

Esta fe se reanima en nosotros en el presente día en que solemos ver y reparar la obra de nuestra ya larga familia, alegrándonos entre nosotros con sentimiento fraternal. Lo que nos alegra, no es tanto el ver duplicarse el número de nuestros representantes entrados hace dos años en el Parlamento, y el número crecidísimo de aquellos que entraron en los Ayuntamientos, cuanto la prueba de altiva firmeza dada por nuestro partido en un periodo de persecución implacable; durante el cual, sobre miles de nuestros compañeros, llevados á los Tribunales, no fueron más que en excepción inapreciable aquéllos en los cuales no hemos atestiguado la clara honradez propia de todos los ciudadanos de todas las

clases sociales y de todos los partidos políticos. Lo que nos conforta, no es tanto la valerosa constancia con la cual el partido mantiene viva hace tres años la agitación pública en favor de una amnistía que está en los deseos de todos los ánimos honrados, cuanto el ejemplo de dignidad civil, dado en las demostraciones de alegría y de afecto á los libertados, no turbada siquiera aun en el principio de aquellos temidos desórdenes que sirvieron de pretexto para retardar un acto de justicia solemne.

Y nos complacemos no menos en que haya provenido de nuestro partido el primero y más fuerte impulso de una gran manifestación pública contra una política colonial nefasta y desenfrenada de la cual sólo el partido socialista, él solo, demasiado previsior, por cierto, rechazó siempre de antemano, y de la cual fué siempre fiero é implacable enemigo. Pero también, á más de eso, nos es grato observar cómo nuestras ideas por efecto de una propaganda racional, se va siempre adquiriendo y ordenando, hasta en la mente de los menos cultos trabajadores, el concepto fundamental de la eonquista gradual y legal de los Poderes públicos. Y nos es más grato todavía reconocer

cómo la idea socialista llega á ser en muchos de ellos el principio impulsivo de una auto-educación intelectual, que los coloca en condiciones de intervenir dentro de poco en la discusión de los intereses municipales, y hasta en las reuniones de otros partidos, donde se empieza á escuchar y á respetar la palabra de los obreros. Nos es de una alta satisfacción, por último, ver constituirse por todas partes, bajo la nueva bandera, nuevos cuerpos electorales, acordes y disciplinados que despliegan en la lucha una actividad tan apasionada y sagaz á un tiempo, que despierta la admiración hasta en aquellos de nuestros enemigos encarnizados y que ponen en evidencia, no sólo en las ocasiones extraordinarias, sino en el trabajo, en la organización de la vida socialista de todos los días, tantos caracteres viriles, tantas fibras infatigables, tanta juventud valiente y generosa, ardiente de entusiasmo y de fe.

\* \* \*

Ante estos hechos, muchos prejuicios han caído, muchas calumnias ya no han tenido eco. No son más que los ciegos de

mente y los malvados de ánimo los que todavía se atreven á echar la culpa al partido socialista de los delitos individuales, atroces por sí mismos, é insensatos por el fin á que miran, funestos para nosotros más que para nadie, por la reacción liberticida que provocan, cometidos en nombre de un ideal que no es el nuestro y que nosotros combatimos sin tregua, y al cual arrancamos prosélitos cada día. ¡Pero cuántas otras preocupaciones persisten, propagadas por el interés, mantenidas por la astucia, acogidas fácilmente por la ignorancia y por el miedo! Vosotros sabéis cuáles son estas preocupaciones y estos prejuicios, y yo no saldré de mi propósito para contestarlos, porque es natural que nosotros tengamos premura por demostrar á todos y aun á aquellos que, no aceptando nuestra doctrina, celebran el 1.º de Mayo, que el concepto de esta fiesta querida también para ellos, no ha nacido en medio del sentimiento y de los propósitos que pueden arrojar una sola sombra sobre su belleza ideal.

\*  
\* \*

¡Enemigos de la civilización! Así fuimos llamados, hasta oficialmente, porque el progreso de la civilización, según algunos aseguran, ha sido retardado ó impedido por la idea socialista. Pero digamos sobre esto algunas palabras. Doble es el movimiento de la civilización: uno de avance, otro de difusión: y en el estado actual de las cosas, el segundo es tan incierto y tardío, que hace vano en gran parte hasta el primero. ¡Ideas, conocimientos, comodidades de la vida, vanidad y refinamiento de goces sensuales é intelectuales, todo avanza, mas permaneciendo circunscrito en un tan pequeño número de hombres! La sociedad es como un ejército desordenado, mal nutrido, agobiado por pesos enormes, delante del cual va, precediéndole á desmesurada distancia, una vanguardia de caballeros brillantes y armados de punta en blanco, que vencen batallas de las cuales no participa el grueso del ejército, y de las cuales no recoge casi ningún fruto. Lo dijo también en Francia uno de los más elocuentes intérpretes de nuestro pensamiento: «La humanidad fué hasta ahora obligada á reservar á la minoría en beneficio de ella el cuidado de conducir la civilización á su apogeo y de crear

formas nuevas de existencia, á las que las muchedumbres no podrán llegar sino mucho más tarde.»

Y bien, ¿será impedir el camino de la civilización, querer que por medio de un empleo más racional de los esfuerzos humanos, ahora antagónicos, la sociedad toda junta cumpla su progreso en pro de la sociedad toda entera? Ó, en otros términos: ¿será enemigo de la civilización quien, aligerando el peso que oprime el trabajo mecánico, quiera levantar las muchedumbres á una vida más espiritual, que equivale á decir, más humana?; quien, atenuando la lucha por la vida con la organización del trabajo y una mejor distribución de los bienes, quiere que sean dirigidos al progreso verdadero, las infinitas fuerzas que se esparcen ahora, para la conservación de la existencia y en conflictos infecundos?; quien á una civilización despreciada y odiada por los más, como un privilegio de los menos, quiere sustituir una civilización amada por todos como un bien y una gloria común? ¿Será enemigo de la civilización quien quiere que cese, por último, esta misera ficción, mediante la que se dice con orgullo: «¡nosotros, naciones civilizadas!...» mien-

tras que á las naciones á las cuales se señala en medio de las glorias de la ciencia y de los esplendores del lujo y de las artes, perdura en millones de hombres la superstición de la Edad Media, ignorancias salvajes, miserias de parias, condiciones y formas de vida que nos hace surgir ante los ojos la primera edad de piedra? ¿Será enemigo de la civilización quien quiere que todo eso cese, y amante de la civilización quien consiente en que todo esto se perpetúe?

\* \* \*

¡Que renegamos de la patria! He ahí otra acusación contra la cual todas las fibras de nuestro corazón se sublevarán. Si el concepto de la Patria se identifica con el concepto de su unidad y de su independencia, ¿con qué conciencia se puede llamar renegados de la patria á los socialistas, para los cuales es un axioma histórico lo que dice Engels, uno de sus grandes maestros, á saber: que sin la autonomía y la unidad restituida á cada una de las naciones, ni la unión internacional del proletariado, ni la tranquila é inteligente coopera-

ción de las naciones á un fin común, se podría realizar? Adversarios del concepto de patria no somos nosotros, sino de aquellos que miran á dividir las patrias, para gozar de esta división, primer impedimento necesario para la victoria de aquel ideal común á todas las muchedumbres proletarias, que no puede ser el ideal de ellos. Ellos hacen una cosa sola del amor de patria y del orgullo nacional.

Pero también nosotros tenemos nuestro orgullo nacional. Pero el nuestro es de naturaleza muy distinta: es un orgullo que quisiera que en la nación no fuese nadie obligado á emigrar á cada instante para buscar el pan extranjero (doscientos mil de sus trabajadores, al año), mientras que la tierra que ellos abandonan, capaz de dar el producto de todas las tierras más fértiles, permanece todavía, ó por incuria de los propietarios ó por falta de obras de bonificación, casi cinco millones de hectáreas de suelo inculto, y otros doce millones de las que se podría obtener doble producto del que dan.

Es un orgullo nacional el nuestro, que quiere que sean purgadas de las fiebres palúdicas la mitad al menos de nuestras pro-

vincias; que se arranque de la patria la vergüenza lastimosa de sus cien mil leprosos; que nuestro país no siga entre los últimos de Europa en el camino de la legislación social; que en él sean sagrados é inviolables los derechos políticos conquistados con el sacrificio y con la sangre de todos; que por vana ambición de grandeza, pisoteando los principios en virtud de los cuales hemos renacido, no se desparrame á millares de millas de su territorio, la carne y los huesos de sus hijos.

Aquellos que sintiendo en lo más escondido de su alma la piedad hacia estas miserias, y el desprecio hacia estas vergüenzas, combaten con todas sus fuerzas, porque unas y otras acaben, y que creen que antes del orgullo patriótico debe ponerse la caridad fraternal, no, esos no reniegan de la patria, esos son los únicos que la aman y la sirven sabiamente.

La imagen de la patria para ellos es una madre amorosa, equitativa con todos sus hijos, que no ambiciona mas que prosperidad para ellos, y afecto de ellos y fama honrada, civilizada y benéfica: no una amazona, estúpidamente fastuosa en público y cruelmente tacaña en la casa

privadamente, que se tapa los ojos con la bandera y busca la gloria en la sangre.

\*  
\* \*

Otra acusación que se nos dirige es la de que excitamos el odio entre las clases sociales. Y bien, no lo creáis. No es verdad. Ciertamente que en cada gran familia de propagandistas de una idea, hasta de las ideas más santas, hay algunos violentos por naturaleza, á los cuales ninguna consideración de interés común, ningún consejo de los compañeros puede moderar en sus palabras. Hay inmoderados hasta en el partido *moderado*, hay provocadores hasta entre los predicadores del Evangelio; hubo violentos hasta entre los santos. Y nosotros no negamos, por otra parte, que ante ciertos abusos monstruosos del Poder y de la fe pública, cuando vemos á la opresión de los desvalidos, agregarse el engaño y la burla, se levantan en nuestro ánimo palabras amargas é iracundas. Y no nos disculpamos de esto; pero acusarnos de excitar el odio habitualmente y de propósito de una clase contra la otra, es un absurdo, es acusarnos de obrar conscientemente contra los inte-

reses de nuestra causa. El dicho de «la miseria nace, no de la perversidad de los capitalistas, sino de la viciosa organización de la sociedad», está escrito en la cabeza del más antiguo y más popular periódico socialista de Italia como una frase de consigna.

«Si estuviérais en el puesto de vuestro amo, hariais lo que él hace, porque no podríais hacer otra cosa.» Esta es la frase más frecuentemente repetida por quien hace propaganda de nuestras ideas, precisamente para persuadir á los trabajadores de que el remedio á los males no hay que esperarlo de los individuos, porque éstos no podrán poner remedio, aunque tuviesen todos las más generosas intenciones. Y ¿cómo no? Nosotros tratamos de conquistar la conciencia y la voluntad de gran número, por la vía de la persuasión, y hacer aptos á los unos para persuadir á los otros; es, pues, nuestro interés apagar y no atizar los odios sociales, porque si en el ánimo del hombre inculto nosotros excitamos la pasión, oscurecemos la inteligencia, ó sea, le destacamos de la reflexión y retardamos el progreso de su pensamiento, sin lo cual es vano esperar hacer un prosélito útil y se-

guro: porque la pasión se apaga con la misma facilidad con que se enciende, ó consumiéndose ella misma, ó extinguiéndose también por efecto de una mejora conseguida en las condiciones individuales; y porque ella misma es un constante peligro para todos, lanzando á los individuos á aventuras de las cuales recae la culpa en todos.

No, nosotros no queremos hacer personas violentas, porque ellas serian nuestra debilidad y no nuestra fuerza; nosotros queremos formar convencidos, gentes resueltas y tenaces. No, nosotros no aspiramos á sembrar el odio, porque somos portadores entre los hombres de las palabras, de la fraternidad y de la paz universales. Nuestra fuerza no es el odio ni la ira, sino la razón, la voluntad, la fe, el entusiasmo y el amor.

\*  
\* \*

¡Enemigos de la propiedad! También somos llamados así, con esta definición tan absoluta y llena de odiosidad, porque indica al expresarla una vaga acusación de meditado latrocinio universal. Pero expresa falsamente nuestro concepto, porque sustituye la idea de *supresión* á la de *transfor-*

*mación* de una institución que se modificó variadamente en el curso de los tiempos, y cuya naturaleza está sujeta á transformarse según las condiciones y las necesidades de la sociedad que la ha fundado. Es una definición falsa, porque niega el carácter de propiedad á la forma colectiva, que fué la primera forma de propiedad, de contrato social, y del cual subsisten y se reproducen mil ejemplos parciales aun en los tiempos presentes. Es una definición falsa, porque extiende nuestro concepto de propiedad colectiva de los grandes medios de producción, á todos los otros fines de propiedad que están, naturalmente, excluidos del colectivismo; el cual no impide ni el ahorro, ni la acumulación, ni la transmisión de lo economizado, ni la posesión, ni la transmisión de todo cuanto no sirve para producir riqueza.

Y todavía es una definición injusta, porque excluye la idea de toma de posesión mediante un equitativo resarcimiento; admitida la cual toma de posesión, no produce una violencia mayor que la que puede ser la actual expropiación legal por fin de utilidad pública; y porque calla que la apropiación colectiva como en el campo de la propiedad

industrial, por ejemplo, así también en otros campos no se realizaría más que en aquellos ramos de producción en donde la concentración de los capitales ha destruido ya la pequeña propiedad fundada sobre el trabajo; y también porque está en contradicción formal con la razón primera del colectivismo, fundado precisamente en el concepto *conservador* «de que la propiedad es indispensable al pleno y completo desenvolvimiento de la personalidad humana»; desenvolvimiento que es posible únicamente en una sociedad donde poseen todos una parte del bien común y que no es posible sino en poquíssimas dentro de la sociedad actual, en la que nueve décimas partes de la población no poseen nada ni esperan nada, ni casi pueden esperar jamás cosa alguna.

Es una definición insidiosa, por último, y es una acusación que nos ofende, porque tiende á convertir en el ánimo de quien posee la idea de una lejana y necesaria y legal transformación de la propiedad en la idea de un inminente peligro de tumultuaria expropiación. Repetimos, que es una definición astuta, porque con este terror hacia una grande ladronería colectiva que se podría

cometer mañana, se distrae la atención pública de las grandes ladronerías individuales que se cometen cada día y á cada paso.

\*  
\* \*

También somos llamados *enemigos de la familia* los socialistas. Y en este, como en otros puntos, se considera como artículo de nuestro programa una idea de pocos ó de muchos, contra la cual cada socialista que no la acepte se puede rebelar con todas sus fuerzas, sin dejar por eso de ser socialista; una idea que no es propia del socialismo, puesto que, para no citar mas que un solo ejemplo (y es de nuestro más formidable adversario), de Heriberto Spencer: el cual dice «que llegará tiempo en que la unión por los afectos será considerada más importante que aquella producida por la ley», y que «serán señaladas á la reprobación pública aquellas uniones conyugales donde los lazos del afecto estén rotos». Con esta expresión corriente de que queremos abolir la familia se desnaturaliza la idea socialista y se presenta de distinta manera de como es.

No es querer abolir la familia, vituperar el matrimonio mercantil, en que se envile-